

UN SILLÍN APASIONADO

Un relato mandáronme a hacer para un tal «Juanito»
y a fe mía que me vi en un gran aprieto

Pero cumplí. El último día de plazo, entre sudores y dudas, con el encargo del gran Abate Alfredo del verso.

En tiempos ha, y para un libro obscuro y desternillante, escribíle a Carrillo unos versi-culos dedicados a la relación sentimental de una ciclista y un sillín apasionado.

He dicho «una» ciclista y no he sido sincero y preciso. Era «la Ciclista», la reina de la montaña, de la carretera, de la regularidad, de todo, ¡vaya! Quien no esté dispuesto a creerlo, así, sin más, que se levante, como yo hacía en aquella época, a las cinco de la madrugada, y se plante en la Diagonal de Barcelona entre Bailén y Provença a ver a la bella en su paseo matutino. ¿No hay gente que va hasta los Picos de Europa para ver pasar los culos fugaces de los ciclistas profesionales? ¿Entonces...? Claro que, a veces no pasaba, o cambiaba de horario. Qué sé yo...

Si había suerte, se detenía unos instantes y me dedicaba, muy complacida, una sonrisa en la que se reflejaba un 35% (más o menos, ¿eh?) de la luz del sol matutino tamizado por el verde y el oro de los plátanos de la Diagonal, que a su vez rebotaba en su rubia cabellera recogida con un sencillo pasador que, mmmmmhh, dejaba al descubierto su deliciosa nuca siempre soñada por mí.

Y yo me iba a trabajar, enamorado y contento por esa sonrisa breve, quizás un inicio de diálogo, que alimentaba mi alma y me daba una semana de esperanzas y sueños. Y si no, yo me veía como un caballero antiguo que había rendido su amor a una dama y, aunque rechazado, no me daba por vencido porque lo importante era regalarle mi amor a una diosa, a una criatura mitológica, centaura de cabellos dorados, amazona de Barcelona (¡con sus dos pechos, eh!).

Pero aquello era un amor imposible cuyo misterio no voy a desvelar aquí (continuará).

¡Como la deseaba, Juanito! Yo sé que tú puedes llegar a comprender esos abismos de pasión. Bueno, pasión es una palabreja que ha perdido su fuerza a base de oírsele repetir a gente educada. Tengo que decir, y me tiembla la mano de escriba al recordarlo que, en una ocasión, voy a confesarlo, ¡oh, dioses, perdonadme! Tuve que recurrir al más vil de los pecados, el onanismo, Y derramé casi sin quererlo, aunque en los últimos momentos me la sacudí con

furia aullando como un lobo en celo (o algo así), sobre el parqué de mi hogar, aquellos semiembriones que hubieran debido de fecundar a mi amada. Pero mira, cogí el mocho y a limpiar. Vaya un desastre. Si al menos hubiera caído en el parqué... pero, ¡que va! Toda la cristalería de Bohemia, la ventana, un cuadro de esos raros y estupendos de Alfredo... que pareció mejorar de aspecto ¡Ah! hasta subió, alarmada, la vecina. La señora de Rebollezno.

—Señó Sarachu: ¿Que li pasa algu? ¿Que no es troba bé?

Cansado de malgastar mis energías en un imposible, decidí recurrir desesperado a la magia negra. Tomé al azar uno de los anuncios de la Vanguardia, cifrados bajo el inocente aspecto de:

«Deliciosas Niponas con aspecto de lagartija amarilla chupan vergas en completa erección escupiendo los fluidos que pudieran ser excretados por usted en magníficos recipientes imitación bazar chino barrio clase media-magrebí», y me puse en contacto con Astarot, un verdadero demonio que ejercía sus poderes en su consultorio de calle 4, justo encima del conocido bar de tapas «El Púlpito a la Plancha».

Astarot me recibió, después de dos larguísimas horas, en una sala de espera abarrotada de gente realmente misteriosa e inquietante: cantantes de rock catalán, unos frailes disfrazados de monja, una monja que pedía el fin del celibato para las religiosas, una musulmana con un burka transparente, un periodista del Diario Español endemoniado porque le hacían escribir en la última página, a él, que había sido siempre un pelota adicto al poder, un sodomita de la peor ralea, que había llegado a ser nada menos que director del famoso rotativo. En fin...

El demonio me escuchó impresionado por mis cuitas de amor y tras una breve pero profunda reflexión me abrió su «Diccionario ilustrado de seres infernales voluptuosos», el mismo que rega la Caixa de Manlleu a sus más conspicuos clientes.

—¿Qué le parecería transformarse en un Íncubo? ¿O Súcubo? Es que ahora no me cuerdo de cuál es cuál, si macho o hembra. Hace tiempo que me saqué el teórico y hay cosas que se olvidan ¿O me va a decir usted, que seguro que conduce, si se acuerda de lo que es la luz de Gálibo, eh?

—No, no. Tiene usted toda la razón. La verdad es que no sé para qué te hacen estudiar cosas que después ni te van a servir, ni siquiera vas a recordar.

—Sí, es como yo, una vez en el Servicio Militar...

—¿Dónde sirvió usted?

—En Cerro Muriano

—¡Cordoba! Eso era infantería...

—Sí, pero no era tan duro como lo pintan. Yo no hice ni una guardia.

—¡Venga ya!

—Hombre, se lo digo yo.

Total, que hablando hablando, cogimos una confianza de la hostia y ya el

hombre me dice.

—Mira, «helmano». Te voy a aconsejar lo mejor y lo más económico: te convierto en un sillín.

—Hombre... —le dije yo—. ¡Un sillín!

—Muchacho, ¿tú sabes lo que es ir encajado allí entre esos dos glúteos, esas «piernas» Vamos, más que piernas. ¡Unos muslo! En un constante y suave movimiento acariciante? ¿Sentir esos labios, mayormente? ¿Ese clítoris?

—Clítoris, clítoris... —le corregí.

—Bueno, eso, el clítoris.

La verdad es que solo de pensarlo me estaba poniendo calentón de que te cagas.

—¿Eh, eh? ¿Qué me dices?

—Oye, pues... ¡Vale! ¡Sí! ¡Seré un sillín enamorado!

Estuve una buena temporada sin aparecer por el trabajo, y el Reverendo Sopena, mi superior absoluto y guía temporal, se preguntaba angustiado dónde estaba yo.

—No... que está enfermo —le decían a coro mis queridos compañeros.

—Sí, sí, enfermo. ¡Pues como el mes que viene no venga o traiga la baja le voy a echar una bronca que se va a enterar!

—¡Va, va! No sea usted así, hombre. Estará follisqueando por ahí.

Qué poco podían imaginarse la verdad, que siempre supera la ficción.

Y al principio muy bien, ¿eh? De verdad.

Por las noches ella guardaba la bicicleta en su cuarto y desde mi posición privilegiada la veía desnudarse y vestirse por las mañanas porque, aunque los sillines no tengamos ojos, gracias al Campo Quántico tenemos una visión holística que no veas.

Por la mañanita se levantaba con aquellos ojitos verdes y bonitos de sueño y se ponía el chandal elástico de ciclista, agarraba el manillar y, hala, a dar un paseo. Yo, que ya estaba excitado nada más que de verla allí a mi lado, no veas cuando se me sentaba encima. Me daban temblores, ronroneaba, me hinchaba como un tontuelo.

Eso estuvo bien por un tiempo, hasta que la chica, que no veía nada claro en todas esas demostraciones afectivas de un objeto al que ella suponía inanimado, me desmontó un mal día y me tiró en un rincón de la «deixallería» más próxima.

Allá pasé una temporada con unas piezas muy agradables hasta que Astarot me vino a rescatar y me reconvirtió otra vez en, más o menos, un hombre, un ser humano.

—¿Qué, como lo has pasao, maricón?

—Oye, ten un poco más de respeto por la gente de inclinaciones sexuales alternativas...

—Sí, sí, pero, ¿qué? ¿Eh, eh?

—Coño, pues bien, pero ya ves como se ha acabado.

—¡Ja, ja, ja, ja...!

Queridos lectores, estimado Juanito: ¿Podríamos sacar una enseñanza de esta historia? ¿Algo?

Yo he estado pensando un rato y no he sacado ninguna conclusión digna de ser plasmada, o reseñada en estas páginas. La verdad.

Mientras duró lo pasé bien y, ya con experiencia ¿volvería a repetirlo?

Dejemos que el destino y sus inescrutables... ¿como era? Es igual. Que nos responda con su tronante misericordia (lo digo en homenaje a la patrona de esa cercana capital comarcal).

Apa!, vinga!

Moltes felicitats.

17.54 h.

4 de Mayo de 2010.

Aeropuerto de Madrid-Barajas.

Terminal 1

Puerta de embarque 19.

Destino: Santiago de Cuba (Tierra soberana)